

# Ignacio, inspirador de compromisos apostólicos

---

*Ignacio Iglesias, s.j.*

A partir de Ignacio de Loyola movimientos laicales primero y numerosas familias religiosas después se remiten a él y a su dinamismo espiritual y apostólico para inspirar, alimentar y orientar sus respectivos carismas y ministerios.

No me refiero a los Ejercicios Espirituales, que ya desde los tiempos de Ignacio y luego, como patrimonio que son de la Iglesia universal, ayudan y sirven a cristianos movidos por espiritualidades muy diferentes; sino a la espiritualidad ignaciana propiamente tal, que naturalmente brota de los Ejercicios y es inexplicable sin los Ejercicios, pero no se identifica con ellos.

Entiendo por espiritualidad ignaciana -sin pretensiones de precisión teológica, sino más bien por descripción de una realidad- un modo de ser conducidos por el Espíritu hacia la verdad completa<sup>1</sup> de Jesús, el Salvador, que da especial subrayado a los siguientes elementos: 1) "Conocimiento interno", apasionado, del Señor, alimentado en experiencia de contemplación; 2) del que brota, como necesidad vital, el "ayudar a los prójimos", concebido como pleno "divino servicio", como lo fue de hecho para Jesús, el Enviado; 3) la conciencia de "enviado" (en misión permanente) en seguimiento del Enviado, por lo tanto, en disponibilidad permanente<sup>2</sup>, ya que

---

<sup>1</sup> Jn 16, 13

<sup>2</sup> (Carta sobre la disponibilidad, 19 de octubre de 1977; en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, 1981, pág. 240).

esta obediencia radical nos incorpora a la obediencia histórica, "vía salutis" (camino de salvación) del único Salvador; 4) reconocimiento y aceptación de la cadena de mediaciones históricas del envío, en el marco de todas que es la Iglesia; 5) el compromiso o pertenencia personal recíproca, con otros/as convocados/as por el Señor, lo que constituye la comunidad (cuerpo) misionera, mediación inmediata de misión; 6) la gratuidad como talante y estilo personal, que se expresa en la adaptabilidad del propio misionero, en su "hacerse todo a todos"<sup>3</sup>, como prolongación, a medida de ser humano, de la kénosis divina del Señor.

Estos rasgos, cuya primera traducción histórica cuaja en un grupo de "amigos en el Señor"<sup>4</sup>, que pronto se llamará Compañía de Jesús, han inspirado en distinto grado, con diversa intensidad, y combinados con otros rasgos específicos, a muchas familias religiosas y movimientos y comunidades laicales, que el Espíritu ha hecho brotar en el seno de la Iglesia hasta en nuestros mismos días. Unos y otros, antiguos y nuevos, se preguntan hoy legítimamente sobre la capacidad de esta espiritualidad para seguir alimentando una creatividad apostólica vigorosa, que arriesga nuevas respuestas para los nuevos problemas que plantea una nueva evangelización.

No es ninguna pregunta retórica para responder pasándonos el video de una historia gloriosa; tampoco una pregunta puramente teórica, que tendría una respuesta fácil, ya que por principio toda espiritualidad, concebida como modo de secundar al Espíritu provocado por el propio Espíritu, participa en algún grado de la fuerza creadora y renovadora de éste y, siempre y cuando existan hombres y mujeres que quieran libremente secundarlo, creará respuestas.

La pregunta viva, tomada de nuestra historia y para ella, a la que nos proponemos responder, es doble: a) ¿dónde radica la capacidad específica de la espiritualidad ignaciana para crear respuestas apostólicas siempre, de una manera abierta?; b) ¿a qué obliga a cuantos/as se consideran a sí mismos remitidos a ella como "razón" (o, al menos, parte significativa de la razón) de sus vidas? O, dicho de modo más

---

<sup>3</sup> 1Cor 9, 22.

<sup>4</sup> Carta a Juana de Verdolay, 24 julio 1537.

general: ¿cómo situarnos ante los elementos dinamizadores de la espiritualidad ignaciana, para que, de hecho, resultemos generadores de respuestas nuevas, no meros repetidores, o copiadore, de las antiguas?

Formulada metodológicamente así la pregunta, el tema se nos vuelve, ignacianamente, sobre nosotros mismos y acaba comprometiéndose en la respuesta. Y es que una tal manera de preguntar acaba siendo una versión de la pregunta autoimplicadora con la que Ignacio se sitúa de continuo ante el Señor: ¿Qué he(mos) de hacer?<sup>5</sup>. Y no sería honesto derivarla hacia respuestas de índole instrumental, v. gr. a técnicas, métodos, estructuras, formas de gobierno..., con las que de alguna manera escamotear nuestras propias personas. Como en el Evangelio<sup>6</sup> la respuesta nos devuelve a un cómo debe ser el sujeto, que formula la pregunta deseoso de actuar.

### **1. En que radica la capacidad específica de la espiritualidad ignaciana para crear respuestas apostólicas**

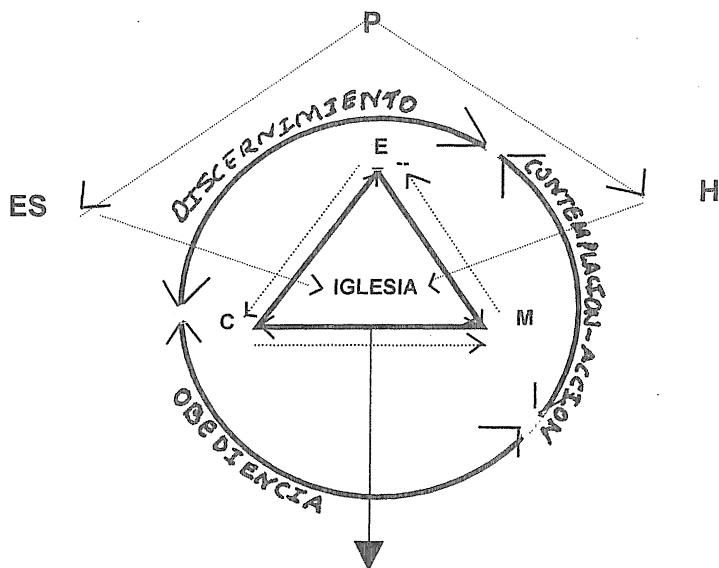
Desde la perspectiva planteada más arriba, adelanto que una tal capacidad está en función de cómo los sujetos que se alimentan de ella, integran el dinamismo triangular del que brota, como de una raíz única, el seguimiento del Enviado, que fue llamada personal de Ignacio y lo es de cuantos/as se remiten a su forma peculiar de seguimiento.

Ahora bien, esta raíz se compone de tres elementos, que mutuamente se necesitan y se alimentan y retroalimentan entre sí indefinidamente (Cfr. gráfico).

---

<sup>5</sup> Ejercicios 53, 197; Autobiografía 50.

<sup>6</sup> Jn 6, 28-29; cfr. Hechos 2, 37.



"DIVINO SERVICIO" = "AYUDA DE LAS ANIMAS"

E = Experiencia de Dios; M = Misión (actitud de enviado, envío, tarea); C = Comunidad (Cuerpo) de enviados.

- Una experiencia de Dios (E) que, en cuanto iniciativa suya, envía al sujeto, le hace salir de sí en misión (M) al hermano. Porque es esencialmente experiencia de un Dios, cuya contemplación del ser humano le hace vaciarse de sí mismo en esta nuestra historia<sup>7</sup>.
- Una misión que, al ser compartida con otros, agrupa, cohesiona personas, hace nacer la Comunidad, el Cuerpo (C).
- Un cuerpo que, dinamizado por la urgencia misionera, busca en medio de la misión ininterrumpidamente la voluntad del

<sup>7</sup> Ejercicios 102 (Fil 2,7; Salmo 33, 13; Isaías 63, 15, 17-19)

Señor, se alimenta de esta búsqueda, analiza desde el Evangelio la historia que se va produciendo y así ahonda y hace crecer la experiencia (E).

Pero al revés también la retroalimentación es igualmente necesaria:

- Una experiencia de convocados por un mismo y único Espíritu, compartida, vigoriza y desarrolla al Cuerpo (C);
- Un Cuerpo, que lo es por, y para, la misión (M) común; la misión la da el Cuerpo; es de todo él, aunque la realicen miembros particulares del mismo; es revisable por él.
- Una Misión, que ella misma es fuente permanente de experiencia (E) de Dios, escucha de Dios y respuesta a Dios en "los pequeños" de este mundo.

Inicialmente el movimiento de Ignacio y sus compañeros es el primero; pero poco a poco y de forma no programada, sino como llevados, se encuentran viviendo el segundo movimiento, sin que desaparezca el primero. Indistintamente los dos movimientos se convierten en una especie de latido o de respiración interior al grupo que, sin pretenderlo expresamente se ha descubierto "hecho" por Dios. En la fuerza y hondura de este latido, que cierra en ambas direcciones el circuito misionero del Cuerpo y de sus miembros, radica el poder creador de nuevas respuestas misioneras.

Porque de esta raíz, así consolidada, brota necesariamente un triple dinamismo que, como una especie de sistema generador interior moviliza todas nuestras capacidades de sensibilidad, ideación, creación y respuesta ante la historia concreta que va sucediendo.

La relación E - M y M - E genera el dinamismo del contemplativo-activo (o contemplativo en la acción), que reproduce, a escala de ser humano, la eficacia contemplativa ya mencionada del Dios de la Encarnación. Misericordia y contemplación se corporizan en el servicio, que es la prueba que Dios se da a sí mismo, para que el Amor gratuito, que es El, sea conocido y reconocido por el ser humano.

Cuando la contemplación del mundo rompe, mediante la acción (servicio), en el enviado, sus entrañas de misericordia, esa acción se

convierte en lenguaje de Dios, "amor que della (de la divina y suma Bondad) descenderá y se extenderá, a todos próximos"<sup>8</sup>, en el lenguaje a Dios, que lo toma como respuesta a El<sup>9</sup> y en el mejor lenguaje sobre Dios.

En la relación M - C y C - M, compartir la misión desemboca cohesionándola, en la comunidad (religiosa o laical). La misión en último término hace, y es, hermanamiento. Pero, a su vez y simultáneamente la comunidad (Cuerpo) se convierte en mediación de misión. La comunidad envía. Da misión. Y entre Cuerpo y misión brota el dinamismo de la Obediencia. La verdadera "ayuda de las ánimas" pasa por incorporar la obediencia (disponibilidad) de los miembros a la Obediencia salvadora del Hijo, a través de mediaciones históricas, la primera de la cuales -una vez autenticada por la Iglesia- es la propia comunidad misionera.

Finalmente, la relación C - E y E - C, expresa que el Cuerpo no actúa como mediación por una especie de autómatas "ex opere operato", sino desatando el dinamismo del Discernimiento que devuelve al Cuerpo a una experiencia permanente. Ejercer de Cuerpo vivo exige un "ejercicio" permanente de búsqueda, discernimiento, de la voluntad de Dios, sin la que el Cuerpo no podría pretender ser mediación cristiana.

En la globalidad de este triple dinamismo (contemplación-acción, obediencia, discernimiento), que inserta a quienes lo viven de manera muy profunda en la condición de hijos en el Hijo, enviados en el Enviado, apóstoles en el Apóstol, "salvadores" (ayudadores) en el Salvador, libertadores en el Libertador, reside la unidad interior y la eficacia evangelizadora de las familias religiosas y comunidades y movimientos laicales, que se alimentan de la intuición de seguimiento que vivió Ignacio y que a él, y a sus compañeros, les llevó a desembocar en una forma de Vida Religiosa, que no es la única posible desde ese mismo dinamismo fundamental.

El que otras familias religiosas o cuerpos laicales se remitan a esta matriz ignaciana (E M C) en diverso grado y matiz, y se nutran de ella no es impedimento, al contrario, para dinamizar, expresar y realizar

---

<sup>8</sup> Const. 671.

<sup>9</sup> Mt 18, 5. 14; 25, 35-40.

autónomamente sus carismas y misiones específicos. Igualmente es posible, e incluso se puede pensar que deseable, que el dinamismo contemplación-acción, obediencia, discernimiento, derivado con singular fuerza de la experiencia fundante de Ignacio y como infraestructura vital indispensable, sea compartido y convivido por quienes en diversas formas inspiran en él su seguimiento del Señor.

Finalmente, un aspecto del tema, no por aludido en el último lugar, menos importante que todos los anteriores, al contrario, tal como fue vivido y expresado por el propio Ignacio. Me refiero a que la eficacia frontal de esta creatividad apostólica "desciende de arriba", en expresión querida de Ignacio: de la Trinidad, en cuyo seno sucede el envío por el Padre (P) del Hijo (H) y del Espíritu (E), envío del que es depositaria la Iglesia: "... veniéndome otras inteligencias, es a saber, cómo el Hijo primero envió en pobreza a predicar a los apóstoles, y después el Espíritu Santo, dando su espíritu y lenguas los confirmó, y así el Padre y el Hijo, enviando el Espíritu Santo, todas tres personas confirmaron la tal misión"<sup>10</sup>.

Pocos han penetrado tan finamente como Pedro Arrupe la que él llama "aventura mística y trinitaria de Ignacio", de la que afirma, remitiéndose a J. de Guibert, que "le ha sido prácticamente impuesta".

De su análisis, con relación al tema del presente estudio, interesa subrayar brevemente tres aspectos: -la vinculación esencial del esquema ignaciano básico expuesto más arriba con la experiencia trinitaria de Ignacio-:

"La ilustración del Cardoner es virtualmente una convocatoria. Ignacio va a pasar de la contemplación de la Trinidad a la contemplación de las obras de la Trinidad para, finalmente, aspirar a ser admitido a colaborar con esa acción de la Trinidad. Es una mística que le lleva a la acción. Porque lo que a él se le muestra entre contornos imprecisos, que se irán definiendo y enriqueciendo progresivamente desde el Cardonner (1522) a la Storta (1537), a la época del diario (1544) y hasta su muerte (1566), es "la comprensión en el seno de la Trinidad del misterio anunciado por Pablo de la salida de

---

<sup>10</sup> Diario Espiritual, 15

los seres de Dios y de su retorno a El. Ignacio ve que en ese movimiento de descenso y ascenso se enmarcan los misterios de la creación, de la caída del hombre, de la redención y de la Iglesia. Sobre todo, es la perspectiva en que se revela el misterio de Cristo... (cita de R. Cantin, *L'Illumination du Cardoner*)... No es una contemplación platónica, sino que en el corazón de Ignacio arranca una respuesta. La obra de Cristo tiene que ser mantenida, y mantenida con la mismas características con que la llevó Cristo: misión incondicional, universal, "kenosis" -que significa pobreza, humildad y cruz- y en continua unión con el Padre".<sup>11</sup>

La conexión, necesaria también, con el dinamismo de discernimiento:

"Es en la Trinidad donde Ignacio busca el punto inicial y final de su discernimiento, en una actitud de acatamiento y reverencia como la del servidor ante su rey, consciente de que tiene una misión que cumplir. Todo discernimiento es una función de servicio porque la ilimitación de la tarea, y ilimitación también de los medios para cumplirla, imponen un criterio de reducción y de aplicación. Ignacio llega a la Trinidad, una vez hecha la oblación, "no para más confirmar en ninguna manera, más que adelante de la santísima Trinidad se hiciese cerca de mí su mayor servicio, etc., y por la vía más expediente" (*Diario*, 82). "La vía más expediente" es la disponibilidad plena... No hay ministerio que caiga fuera del campo apostólico de la Compañía, no hay hombre que a él no tenga derecho, no hay medio honesto que quede excluido, no hay logro alguno que dispense el esfuerzo por una ulterior superación".<sup>12</sup>

Trinitaria es, finalmente, según Arrupe, la contemplación-acción.

"Trinitaria es también en el carisma de la Compañía la nota de ser contemplativos en la acción. Pasma saber que, cuando Ignacio está pasando por las experiencias místicas que nos descubre su Diario, sigue desarrollando su normal actividad:

---

<sup>11</sup> Pedro Arrupe, *Inspiración trinitaria del carisma ignaciano*, en op. cit., pág. 393.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 419-420.



gobierno de la Compañía, abundantes cartas, visitas hechas y recibidas y otras actividades apostólicas. Por aquellos días están fundando la casa de Santa Marta para recoger a las cortesanas romanas, negocia con el Papa la supresión del límite de sesenta profesos, funda la casa para catecúmenos, etc... Nada de esto distrae a Ignacio de su intimidad Trinitaria: tiene alguna de esas gracias en la antesala de los Cardenales, y aun en la misma calle. La contemplación no desplaza a la acción".<sup>13</sup>

## II. Itinerario de la creatividad apostólica de Ignacio

En otros estudios de la Revista *Manresa* se analizan diversos aspectos de la "ayuda de las ánimas", que apareció en Ignacio ya desde el primer momento de su conversión<sup>14</sup>, más aún, que puede decirse elemento constitutivo de la misma. Volverse a Dios fue para Ignacio un volverse a un Dios "vuelto" (convertido) al hombre, de allí que su conversión sea simultánea e inseparablemente conversión servidora al hombre concreto. "Ayudar", "Servir" (y, "ayuda", "servicio") empiezan a ser para Ignacio verbos necesarios, no por mandato exterior, sino por experiencia y exigencia interior. Ya los conocía porque en realidad no había hecho otra cosa, pero eran otro ayudar y otro servir.

Ahora ha cambiado de Señor (esencia de la conversión), pero además ha aprendido de su nuevo Señor un nuevo tipo de servicio (voluntario) y un nuevo estilo de servir (gratuidad). Servir ha dejado de ser oficio para convertirse en un "modo de ser". Pertenece, a la nueva identidad del Iñigo convertido en Ignacio, la esclavitud voluntaria de todos por ser esclavos voluntarios del Dios de todos<sup>15</sup>.

¿Qué determina y alimenta esta voluntariedad en el servir y la hace fuente inagotable de nuevas respuestas apostólicas? Como de otros acontecimientos de su vida, va a derivar también de éste un esquema muy suyo: transmitir lo que ha experimentado útil y le parece que podría ser útil también a otros<sup>16</sup>. Así nació

---

<sup>13</sup> Ibid., pág. 421-422.

<sup>14</sup> Autobiografía 11.

<sup>15</sup> Rom 6, 16-23.

<sup>16</sup> Autobiografía 99.

el "modo y orden" de los colegios, derivados básicamente de lo experimentado útil en el "modus parisiensis", en el Colegio Montaigu y en el de Santa Bárbara.

Hay otro "modo y orden" en el que traduce de su propia experiencia de "ayudador" de los prójimos, lo que le parece que podría ser útil para la creatividad de respuestas apostólicas que otros pudieran dar a las necesidades de sus tiempos. Su experiencia del Dios trinitario, Enviante y Enviado, -experiencia, por un lado, de contemplación misericordiosa del mundo y, por otro, de escucha, atención, disponibilidad y prontitud a Dios, que es prontitud de Dios al ser humano- enciende y alimenta en él incesantemente lo que más tarde llamará "vivos deseos de la salud del prójimo"<sup>17</sup>, que son el alma del "voluntariamente enviado" y de los que brota, como necesidad vital, el compartir con otros y contagiar a otros la atención a las mil llamadas del Espíritu en las mil necesidades de los hombres.

Nace, y se alimenta ahí esa raíz (E-M-C) más arriba comentada a la que Ignacio y sus nueve amigos acabarán dando una estructura, que llamarán Compañía de Jesús, pero que no es la única en la que una experiencia fundamental equivalente o, en parte afín, puede tomar cuerpo.

## El largo camino hacia la Compañía de Jesús

Ignacio no parte de una idea o figura preconcebida de vida religiosa, ni trabaja desde el principio sobre ella. Desemboca como por sorpresa, en ella. Al principio de su conversión piensa orientar su vida hacia alguna de las formas de vida religiosa existentes<sup>18</sup>. Vuelto de Jerusalén "consultaba si estudiaría y cuánto" y "toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión o si andaría así por el mundo. Y cuando le venían pensamientos de entrar en religión, luego le venía deseos de entrar en una estragada y poco reformada, para poder padecer en ella y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una gran confianza que sufriría bien todas las afrentas e injurias que le hiciesen"<sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> Ignacio de Loyola, Carta a los estudiantes de Coimbra, 7 mayor 1547, **Obras Completas**, BAC, 3º edición, pág. 725.

<sup>18</sup> **Autobiografía** 12.

<sup>19</sup> **Ibid.**, 71.

Es significativo este dato, sobre todo por lo que revela de la sensibilidad y de la intención reformadora, renovadora y creativa, a la que Ignacio va, llevado por el Espíritu. Se puede decir que su llamada básica lo es a una mayor calidad de vida evangélica y apostólica y que es esta calidad de vida como él la siente la que hace reventar las estructura de vida religiosa que conoce, para dar cabida a su "ayuda de las ánimas". Escribe a este propósito Diego Laínez: "Viendo que era llamado a ayudar a otros, decía que había querido ser conventual antes que observante, para poder ayudar a otros"<sup>20</sup>. Refiriéndose a este momento de su vida, dirá de él el P. Nadal que "va llevado suavemente adonde no sabe"<sup>21</sup>, con lo que quiere significar que su creatividad de respuesta va vinculada a su insobornable docilidad al Espíritu, que "nos gobierna y rige para salud de nuestra ánimas"<sup>22</sup>.

El primer movimiento, que le orientaba hacia la vida religiosa contemplativa y penitente, pronto empezó a debilitarse, no antes otras formas conocidas de vida religiosa, sino ante la presencia, cada vez más invasora, del "ayudar las ánimas", que se le convierte en el "unum necessarium" que experimenta identificado con el "divino servicio" y que actúa como fuerza rompedora o, mejor, creadora de nuevos cauces (formas de vida). Los descubrirá al final y desembocará en ellos de experiencia en experiencia, como por sorpresa, pero, a la vez, con una cierta naturalidad.

Porque interesa subrayar que lo medular de su espiritualidad, a la que tantos y tantas se remiten, está ya antes de esta desembocadura en la vida religiosa. De hecho Ignacio lo vive como seglar. Incluso, al menos en algún grado, el aspecto más "estructural" del "Cuerpo". Toman conciencia de ello los compañeros en sus "Deliberaciones" de 1539, al constatar que Dios les ha unido y congregado recíprocamente, es decir, ha vinculado profundamente sus personas entre sí por la experiencia (E) compartida y por la misión (M) largamente dialogada y ya iniciada.

Precisamente lo que van a clarificar en su discernimiento de la primavera de 1539 es si esto lo van a continuar viviendo por separado, es decir, sin ninguna vinculación jurídica entre ellos, eso sí manteniendo

---

<sup>20</sup> FN II, 137-138. "Observante" designa aquí al religioso que guarda clausura y "conventual" al que puede salir.

<sup>21</sup> Nadal, *Diálogos*, n. 17, FN II, pág. 252.

<sup>22</sup> Ejercicios 365.

la vinculación cristiana de la amistad con que lo han vivido hasta entonces, o si se han de comprometer entre sí con una nueva vinculación y con cuál. Lo que significa que presentían como posible vivir este núcleo medular de su experiencia de otras formas.

En el establecer este "modo" particular de comprometerse a vivir "lo que habían visto y oído" (ellos lo llaman "nuestro propósito e intención"), es donde se inicia la diversificación de desembocaduras de esa raíz, que llamamos espiritualidad ignaciana, que evidentemente no se identifica con los Ejercicios Espirituales, aunque tome de ellos su savia vital.

### **"Reduciéndonos a un cuerpo..."**

¿Qué hubiera pasado de haber podido realizar el "proyecto Jerusalén"? No existiría la Compañía de Jesús. La pregunta no es ociosa, si vale para resaltar la fidelidad de estos hombres a un Dios, cuya voluntad ha de ser descifrada en una "lógica histórica", que con frecuencia rompe la lógica racional del cálculo humano y, si se puede hablar así, la lógica de los deseos, incluso de los mejor intencionados.

Leyendo esa voluntad en la historia concreta que han venido viviendo desde París, descubren el "Cuerpo" como estructura necesaria: "no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, antes al contrario confirmarla más reduciéndonos a un cuerpo"<sup>23</sup>. Pero cabe, al menos como hipótesis posible que la historia ha confirmado reiteradamente, que una experiencia, equivalente en todos o en algunos de sus rasgos fundamentales, incluso explícitamente inspirada en la de Ignacio, pueda tomar otros cauces concretos de vida, de misión y de cuerpo y otros añadidos substanciales dados por el Espíritu a los fundadores y fundadoras respectivos. Ya indicamos cómo muy a los principios surgieron también otros cauces laicales en los que el compromiso interpersonal se expresaría en otras modalidades de comunidad cristiana.

Sin que Ignacio y sus nueve "amigos en el Señor" se lo hubieran propuesto expresamente, les brotó entre las manos una familia religiosa de

---

<sup>23</sup> Deliberaciones de los Primeros Padres. (Deliberaciones, 3). Reengendrar la Compañía, en La identidad del jesuita en nuestros tiempos, pág. 489.

nuevo cuño. No eran monjes, ni frailes, ni seglares. Tampoco clérigos en el sentido habitual de incardinados en una Iglesia particular, diocesana, ni de vinculados a una fórmula "beneficial"<sup>24</sup>, que expresa y reiteradamente rechazan. Son "apóstoles", enviados. Lo suyo había de ser "discurrir" por todo el mundo, pero no a capricho, sino en misión de quien puede dársela. "Nosotros, todos cuantos coligados de esta Compañía estamos, nos hemos ofrecido al Sumo Pontífice, por cuanto es el Señor de toda la mies de Cristo; y en esta oblación le significamos estar preparados a todo cuanto de nosotros, en Cristo, dispusiere, de modo que si él nos envía adonde vos nos llamáis<sup>25</sup>, gozosos iremos. La causa de esta nuestra resolución, que nos sujeta a su juicio y voluntad, fue entender que él tiene mayor conocimiento de los que conviene a todo el cristianismo"<sup>26</sup>.

Ignacio desemboca, llevado, en una forma de vida que no conoce, que no está descrita en ningún lado, que va inventando en sus detalles día a día apoyándose en la experiencia de cada día, que se resiste a verter en los moldes ya existentes de vida religiosa e incluso en ningún molde<sup>27</sup>. Al fin la dibuja tomando como núcleo central la "consagración" religiosa, pero con una gran libertad, en principio y en intención, frente a aspectos considerados poco menos que como sustanciales a la vida religiosa y con una gran creatividad en cuanto a concepción y forma de gobierno, comunidad, formación, pobreza, movilidad, hábito, coro...

La Vida Religiosa para Ignacio no es, pues, un plan preconcebido a ejecutar y en el que terminar necesariamente, sino, de hecho, una sorpresa permanente, un camino que, aunque un día jurídicamente perfilado y definido, vital y apostólicamente no está trazado en ningún mapa, sino que sigue haciéndose, inventándose, precisamente porque el proceso que lo ha generado sigue con él, le es esencial.

Enseñado desde Loyola a caminar llevado de sorpresa en sorpresa y enterrar cálculos y proyectos por el solo absoluto del "divino servicio-ayuda de las ánimas", cuando su camino desemboca en la

---

<sup>24</sup> Recordemos que se llamaba entonces "beneficio" el usufructo de los ingresos de una parroquia, abadía o diócesis (Nota del editor) .

<sup>25</sup> Alusión a un pedido particular del corresponsal.

<sup>26</sup> Carta a Diego de Gouveia, 23 noviembre de 1538, escrita por Fabro en nombre de todo el grupo. *Obras Completas*, BAC, 3ª edición, pág. 668.

<sup>27</sup> *Constitución*, 134.

Compañía de Jesús, no le cierra la puerta a la sorpresa y no la concibe como realidad terminada, sino como un cuerpo vivo, que lleva en su propia entraña el germen de un proceso: ¿Qué he de hacer por Cristo?

Esta novedad, no caprichosa, ni producto de inventiva, imaginación o intuición humanas, mantenida contra muchas insistencias para una definición cerrada, no es sólo "una nueva respuesta", sino un seno vital generador de nuevas respuestas. Pero precisamente porque, y en la medida en que, no se desconecta del proceso que la engendró, que por principio no debiera darse por terminado nunca, porque el autor del mismo, el Espíritu, "dador de vida", no lo da por terminado. De alguna manera sigue siendo siempre engendrada, si los hombres, receptores de la misma, viven atentos a ese Espíritu.

Al contrario, se desvitaliza y se vacía de sentido en la medida en que se desconecta del proceso generador y pretende vivir en fuerza de sí misma, de las estructuras de gestión, de función y de supervivencia que ha ido creando, y de poder (institucional y social) que ha ido acumulando y capitalizando.

Por eso no procede querer hoy reproducir (o copiar) la novedad del resultado o producto final, -y, menos aún, procede pretender "respuestas nuevas" de este producto [entonces] nuevo- sin entrar y comprometerse en la novedad permanente del proceso. La novedad radical está en el proceso, no en el producto final del mismo. A la nueva vida religiosa resultante, y a las nuevas formas de vida religiosa o de compromiso laical que se remitan a él, pertenece esencialmente el proceso mismo, siempre inacabado, que las engendró. Y es en ese proceso generador común, y por común compartible, (o en lo que este proceso tenga de común con otros procesos,) donde es necesaria una inserción personal voluntaria, mucho más valiosa de cara a la creatividad apostólica que la adscripción a la institución resultante.

## **Creatividad apostólica del nuevo "cuerpo"**

La creatividad apostólica de Ignacio y sus compañeros, operativa en nuevas respuestas a las novísimas necesidades de la evangelización de su mundo, nuevo en su explosión cultural (Renacimiento) y en su apertura a las culturas recién descubiertas, brota de esa trimembre raíz única (E-M-C) y del dinamismo que brota de ella y la realimenta.

Contemplación - acción - obediencia - discernimiento, elementos constitutivos de este dinamismo, son a la vez centrípetos y centrífugos, fuerzas de cohesión ("unión de los ánimos", Const. P. VIII) y sus fuerzas

de dispersión misionera ("... repartiéndose en la viña de Cristo nuestro Señor", Const. P. VII). Dispersión iluminada por la sensibilidad para las cambiantes necesidades humanas, que pueden ser respondidas por el apóstol, y para sus raíces y, entre ellas, para "la mayor necesidad"<sup>28</sup>.

Así plantea Ignacio su estrategia de grandes líneas de misión, define los campos de acción, moviliza a sus hombres desproporcionadamente pocos para tanta necesidad, les da consignas oradas y discernidas, y les deja a ellos, y a su docilidad al Espíritu, vía libre para la creación de las últimas respuestas concretas y la elección de los medios más adecuados.

Son de Ignacio, por ejemplo, las siguientes grandes líneas de respuestas apostólicas, de permanente actualidad:

- I. Al endiosamiento del hombre del Renacimiento Ignacio responde absolutizando el "divino servicio" como afirmación del único Señor y Siervo. Un "divino servicio" que por ser, y hacer, historia, requiere sujetos que hacen utopía voluntaria de sus vidas el "ayudar" y "servir" gratuitamente a todo ser humano. "Divino servicio" y "ayuda a los prójimos" existencialmente se identifican para Ignacio.
- II. Por eso, a la marginación, esclavitud y deshumanización de innumerables rostros, que es el precio del endiosamiento de unos pocos, responde sirviendo de último a los últimos, al precio de sí mismo, integrando promoción y evangelización ya desde su primera dedicación plena al apostolado, ideando un abanico de servicios concretos que contemplan al sujeto humano entero como destinatario de la salvación de Dios.<sup>29</sup>
- III. A la idolatrización de los medios, que es la "nueva religión" sobre la que se edifica el endiosamiento humano, responde con la afirmación del sujeto humano como persona (primer valor después de Dios) y con su señorío (libertad) sobre los medios y el uso discernido de los mismos.

---

<sup>28</sup> Const. 622.

<sup>29</sup> Es significativo en este sentido el primero servicio apostólico de Ignacio, a dedicación plena, en cuanto se lo permita su salud, ya terminados sus estudios, a su regreso a Azpeitia, en la primavera de 1535. *Autobiografía*, 87-89.

IV. Al deterioro de la Iglesia y particularmente del sector clerical de la misma, preocupación común también a otros cristianos de su tiempo, responde Ignacio, sin estridencias ni críticas desautorizadoras<sup>30</sup>, inyectando la calidad evangélica de "los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal"<sup>31</sup>.

Estas y otras líneas básicas de respuestas, que son matriz de innumerables nuevas respuestas concretas, entrañan una abierta denuncia del endiosamiento humano a diversos niveles, pero se nutren de un humus común, el de una visión y valoración optimista del hombre y de la creación no como dioses<sup>32</sup>, sino precisamente como no-dioses, creaturas servidas gratuitamente por el Creador. Sin esta visión no es posible fundar una creatividad de respuestas transformadoras de la historia. O se deriva al fatalismo, estéril por esencia, o a la evasión y a la huida de esta historia en una autodefensa desesperada contra ella. Comprometerse en transformarla, supone creer en el ser humano como portador de la "semilla del verbo", siempre capaz de regenerarlo.

### III. "¿Qué he de hacer...?"

Como dejamos indicado al principio, la creatividad histórica de respuestas apostólicas no depende de la capacidad de la espiritualidad ignaciana en sí, sino de sus portadores. Por eso la segunda pregunta que formulamos, a qué obliga a cuantos se remiten a dicha espiritualidad, no puede ser soslayada. ¿Qué hemos de hacer?

Por de pronto mantener siempre abierta la puerta de esta pregunta, evangélica e ignaciana cien por cien<sup>33</sup>. Con ella Ignacio se vuelve, y nos devuelve, constantemente a la fuente de su creatividad apostólica, y de toda creatividad, que es el Espíritu. Y nos devuelve a su proceso, tal y como en diversas formas e intensidades ha estado presente en el origen de varias familias religiosas y comunidades laicales, y a los principios e intuiciones que de él dimanar.

---

<sup>30</sup> Ejercicios 362.

<sup>31</sup> Ejercicios 97-98.

<sup>32</sup> Gen 3,5

<sup>33</sup> Jn 6, 28-29, Ejercicios 53, 197.



La índole interrogatoria es rasgo típico, frecuentemente reconocido, de la espiritualidad ignaciana. ¿Qué hemos de hacer? no es pregunta para comenzar a caminar, sino para no pararse; no es de los que se inician, sino de los que van adelante. Es pregunta de conversión no es un episodio puntual, sino un proceso inacabado. No es pregunta inventada por el hombre, sino surgida por que Otro ha intervenido y llamado. No es pregunta primera, sino reacción segunda a una llamada previa.

En un intento de responder a esta pregunta ignacianamente, es decir, "porque la suave disposición de la Providencia pide cooperación de sus criaturas"<sup>34</sup>, se formulan los siguientes objetivos:

- a) Cuidar la pervivencia de los elementos-eje del proceso (E-M-C) y del dinamismo (contemplación-acción-obediencia-discernimiento) que los cohesionan y los proyecta, así como la conexión intrínseca entre dicho proceso y la vida cristiana, carismática, (laical o religiosa) resultante. El proceso pertenece a la esencia de esa vida. Inconscientemente se procede, a veces, como si esa vida religiosa o laical resultante, una vez reconocida su autenticidad por la Iglesia y apoyada en sus leyes, su organización, sus instituciones..., se pudiera autoabastecer por sí misma como una realidad terminada, autosuficiente.

La imagen de Ignacio, que muere revisando y rehaciendo las Constituciones, que llevan poco más de cinco años de vida, o que plantea una Fórmula de Instituto mejorada y completada desde la experiencia de la anterior con sólo diez años de vigencia, puede valer más que mil argumentos para concluir que la vida religiosa y las fórmulas de compromiso laical cristiano son realidades inacabadas, haciéndose siempre y necesitadas de reformulación periódica. Se vacían de sentido si se desconectan del proceso que las engendró; si dejan de ser sorpresa diaria para convertirse en proyecto terminado, sabido, repetido y... para repetir. Las Constituciones, por ejemplo, como texto jurídico definitorio, debieran considerarse siempre texto abierto, periódicamente reformulable. Como texto espiritual, con muchísima más razón.

---

<sup>34</sup> Constitución 134; cfr. también 814: "para cooperar a la divina gracia".

- b) Cuidar la calidad de los elementos que constituyen el proceso. Es muy fácil la adulteración. Se impone un control de calidad y una defensa de la denominación de origen. No llamar, por ejemplo, experiencia de Dios a lo que no es sino mera rutina o disciplina oracional o, incluso, la que alguien llamó "oración atea", refiriéndose a la relación con un Dios que el hombre se crea, manipula, manda y al que exige, ofrece ritos y víctimas, creatura suya en fin. Ignacianamente, experiencia de Dios es un "exponerse" el hombre al Dios de nuestro Señor Jesucristo<sup>35</sup>, dejarse desbordar y sorprender por El, de Quien proviene toda iniciativa, respirar como una atmósfera limpia el "primero"<sup>36</sup> de su gratuidad.

No llamar tampoco "misión" a actividades no pasadas por el cauce de las mediaciones de misión, el Cuerpo la primera, o vividas al margen del mismo. No llamar Cuerpo (comunidad) a lo que es pura relación funcional de equipo de trabajo o empresa, o pura sincronización reglada.

Cuidar la calidad de estos elementos no es sólo retomarlos en su máxima pureza por un retorno permanente al manantial fundacional, sino cuidar su adaptación. Arrupe centra este problema en la evolución justa de lo que Ignacio llama "nuestro modo de proceder". Escribe.

"Hay, por tanto, tres niveles: el de esencia o carisma, el de las actitudes mentales u operativas que de él se deducen y el de los rasgos exteriores, que configuran la imagen externa. 'Nuestro modo de proceder', para San Ignacio, traspasa estos tres niveles... Habrá que distinguir cuidadosamente cuanto para San Ignacio constituye las notas características fundamentales -podríamos decir de identidad diferencial de la Compañía-, las actitudes básicas y comunes que de ellas se derivan con lógica inevitabilidad y otras prescripciones complementarias mucho más susceptibles de evolución"<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> Ejercicios 75.

<sup>36</sup> 1 Jn 4, 19.

<sup>37</sup> Pedro Arrupe, Nuestro modo de proceder, en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*. Sal Terrae, 1981, pág. 50.

Pero, aun en las mismas que Arrupe llama "notas características fundamentales", por tratarse de realidades vivas, regalo continuo del Espíritu vivificante, cabe profundizar permanentemente su comprensión y su formulación y esto es también cuidar su calidad.

- c) Cuidar la inseparabilidad, más aún, la necesaria integración de todos los elementos y la posibilidad de realimentación mutua a partir de cualquiera de ellos y en ambas direcciones. Ninguno se sostiene en solitario. Se vacía de contenido desconectado de los otros dos.

Toda dicotomía o tricotomía, además de romper y falsear el proceso, rompe la propia unidad interior personal y debilita a su autor cargándolo de incoherencia. Sobre todo si se divide a Dios de "lo de Dios", el ser humanos y su historia. Precisamente va a ser el servicio al hermano lo que dé la medida del amor real del hombre a Dios; pero va a ser este amor (voluntad de hacer lo que agrada al Padre) lo que libre al hombre de convertir su servicio al hermano en pura gestión empresarial, comerciable y sometida a las leyes de la productividad humana.

- d) Cuidar la historización del proceso. Si algo hay típicamente ignaciano es su agraparse a la historia. Entrar a fondo en la espiritualidad ignaciana es vacunarse contra toda ideologización. Para Ignacio la historia es lugar teológico de las epifanías de Dios y de las respuestas del hombre. Y no se sale de ella.

"Traer la historia", "declarar", "sentir la historia"<sup>38</sup> para Ignacio es acoger la salvación ya realizada y abrirse a la salvación por realizar o, de forma más personal, conocer internamente al Salvador y al ser humano por salvar, precisamente en cuanto necesitado de salvación.

Es en la interiorización de este lenguaje de hechos donde se verifica la comunicación "inmediate"<sup>39</sup> de Dios con la creatura y donde el hombre aprende este lenguaje paterno de los hechos (historia), que es la esencia de la contemplación-acción. "...Las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre", son palabra y comunicación de Dios al hombre. Tratarlas como "cosas del Padre"<sup>40</sup> es

---

<sup>38</sup> Ejercicios, 2, 102...

<sup>39</sup> Ejercicios, 15.

<sup>40</sup> Lc. 2, 49.

tratar al Padre, hablarle en su lenguaje. "Buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor... a El en todas amando y a todas en El", "procurar en todas cosas que hombre hace, hallar a Dios", no hallar "menos devoción en cualquier obra de caridad y obediencia que en la oración o meditación"<sup>41</sup> son algunos de los reclamos de Ignacio a esta historización, que venimos comentando y que es una forma de contemplación por la que el hombre se experimenta remitido a Dios en todo momento.

- e) Cuidar, por ello, la experimentación, otro término cien por cien ignaciano y su argumento más frecuentemente: "Y como hemos experimentado", "y como sabemos por experiencia"...<sup>42</sup>. Experiencia interiorizada que es la fuente humana del conocimiento más rica y que, por cuanto toda experiencia entraña de riesgo, es una de las expresiones más sensibles de la fe.

Caminar es experimentar. Experimentar es crear, roturar, arriesgar. Con todos los discernimientos necesarios, pero sin que el discernimiento se convierta en una evasión o en un refugio camuflado ante la intemperie y el riesgo que entraña experiencia. Hay conocimientos que sólo por experiencias (incluso las que posterior verificamos equivocadas) podemos conseguir.

Se diría que Ignacio no sabe otro camino. Los Ejercicios mismos son destilación de experiencias para provocar otras experiencias. El mismo camina a golpe de experiencia-reflexión (reflexionar)-experiencia-reflexión..., y enseñar a caminar así es su objetivo de formación: preparar hombres haciendo historia (experiencias) y devolviéndoles a la lectura de la historia que se va produciendo.

- f) Cuidar finalmente la crítica (confrontación) fraterna, confirmadora o purificadora. Es salir gradualmente a la intemperie a la que se es enviado. La sobrecarga doctrinal o el calor sentimental con que a veces se pretende proteger al enviado ahorrándole la dureza de la intemperie, invierte el crecimiento del corazón misionero desarrollando su pasividad y

---

<sup>41</sup> **Constitución 288**; Carta al P. Urbano Fernández, 1 junio 1551, **Obras Completas**, BAC, 3ª edición, pág. 810.

<sup>42</sup> **Formula Instituti**, 5,6.

miedos y privándole del entrenamiento en la humanidad apostólica, que es fuente de valentía y entusiasmo<sup>43</sup>.

Ignacio se hace, y se deja, confrontar permanentemente, unas veces por propia voluntad, otras por iniciativa ajena, yendo hasta el final de la confirmación o de la purificación que toda confrontación entraña.

## Final

La creatividad apostólica, que hemos analizado en su raíz, y en su exigencia para quienes se remiten a la espiritualidad ignaciana, terminará en "respuestas nuevas"; pero empieza mucho antes en "modos de ser" nuevos, que a lo mejor son nuevos, no porque no hayan existido hasta ahora, sino precisamente porque han existido siempre, porque son eternos. Quienes se incorporan años y siglos después a una espiritualidad no pueden ahorrarse ni el injertar sus propias personas en el proceso creador que es dicha espiritualidad, ni el inventar, desde él, arriesgar, traducir y experimentar, para cada nueva situación, nuevas respuestas. Esto segundo será siempre difícil, pero desde luego es imposible sin lo primero. Ignacio de Loyola lo afirmaría, hoy también, con su argumento familiar: "como sabemos por experiencia..."<sup>44</sup>.

Y nos lo dejó más que insinuado en el prólogo de las Constituciones de la Compañía de Jesús y en su epílogo (Parte X), distinguiendo en tres verbos lo que llamaríamos primera fundación ("comenzar") y fundación permanente ("conservar y llevar adelante")<sup>45</sup>. Con ellos y con sus resistencias internas a "fijar" el proceso en textos legales, significa claramente su convicción de que la iniciativa de Dios es permanente y de que, sólo si lo es también la acogida y respuesta - generación tras generación- de cuantos se experimentan magnetizados

---

<sup>43</sup> 1 Cor 2, 1-5.

<sup>44</sup> Teresa de Jesús expresa bellamente esta obligación de injertarse "los que vivimos" en lo que de alguna manera debe ser un proceso "fundacional" -y por ello creativo- permanentemente. Así escribe: "Oigo algunas veces de los principios de las Ordenes decir, que como eran los cimientos, hacía el Señor mayores mercedes a aquellos santos nuestros pasados; y es así. Porque si ahora los que vivimos no hubiésemos caído de lo que los pasados (y) los que viniesen después que nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaría firme el edificio" (**Libro de las Fundaciones**, c. IV, 6).

<sup>45</sup> **Constitución**, 134. 812.

por ella, será joven el organismo resultante de dicho proceso y será creativo en sus respuestas apostólicas.

[Tomado de "Cuadernos de Espiritualidad", SANTIAGO DE CHILE.  
105 (septiembre-octubre 1997), pp. 3-23].



**CARLOS BRAVO GALLARDO, SJ.**  
*TEOLOGO, JESUITA, DIRECTOR DE LA*  
*REVISTA CRISTUS (MEXICO)*  
*FALLECIO EN MEXICO, EL DIA*  
*29 DE OCTUBRE 1997*  
*A LOS 58 AÑOS DE EDAD*  
**DESCANSA EN PAZ**